Á LO QUE OBLIGA EL HONOR

DE

Antonio Enríquez Gómez

PERSONAS

El rey D. Alfonso.
El príncipe D. Pedro.
D. Enrique de Saldaña.
Limón, gracioso.
D.ª Elvira de Liarte.
D.ª María de Padilla.
Leonor, criada.
Félix, criado.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA

Salen D. Enrique de Saldaña, el rey D. Alfonso y acompañamiento.

REY. Despejad la cuadra todos,
y sólo quede conmigo
don Enrique de Saldaña.
(Dejan solos al Rey y á D. Enrique.)

ENRIQUE. Los reyes, como divinos,
con la vista solamente
sujetan los albedríos;
ya, señor, estamos solos.

REY. Don Enrique, yo he tenido
gusto de tratar con vos
(ya sabéis lo que os estimo)
un negocio de importancia.

ENRIQUE. Siempre vuestra hechura he sido.

REY. Vos merecéis mi favor,
por consejero y amigo;
y pues yo tomé de vos
los que celebré prodigios,
uno os quiero dar ahora.

ENRIQUE. Vuestro consejo en mí ha sido
inviolable mandamiento.

REY. Son tantos los enemigos
que en la guerra valeroso
habéis muerto en mi servicio,
que es necesario premiaros.

ENRIQUE. Vuestra grandeza lo hizo,
que quien lleva vuestro nombre
nunca puede ser vencido.

REY. Bueno será que la espada
deponga de Marte el filo;
yo gusto que descanséis
de su bélico ejercicio,
tomando estado que sea
de vuestra persona digno.
¿Qué decís?

ENRIQUE. Que como el sol
tiene en las plantas dominio,
y yo soy de vuestros rayos
animado sér, pues vivo
en virtud del que tenéis,
que dispongáis sin aviso
desta hechura que os adora
lo que fuéredes servido,
que mandarlo y estar hecho
vendrá á ser un acto mismo.
Mas, pues casarme queréis,
sólo una cosa os suplico,
y es que reparéis primero
que á ninguna mujer sirvo,
y está el tiempo tan cansado
y tan caduco este siglo,
que no hay mujer que se case
que primero su marido
no la haya galanteado
honestamente y servido;
y si la que vos me dais
tiene este mismo capricho,
nunca me puede estar bien;
porque un amor dividido,
como es sol de ajena esfera,
es planeta fugitivo
que va devanando penas
al cielo de los suspiros,
y aunque se mude, señor,
en otro costoso sitio,
poco á poco con el tiempo

se vuelve donde ha salido.
REY. Yo sé que estaréis gustoso
del sujeto peregrino
que os ofrezco por esposa.
ENRIQUE. Mi advertencia sólo ha sido
por conocerme soldado
y nunca á Venus rendido.
REY. Doña Elvira de Liarte,
sol de Castilla divino,
es, don Enrique, el sujeto.
ENRIQUE. Es, gran señor, un prodigio
de hermosura y de valor.
REY. Pues ya que lo habéis sabido,
sabed también que esta noche
habéis de ser su marido.
ENRIQUE. Vuestro mandamiento es ley.
REY. Quien tan buen vasallo ha sido
llévese en dote el condado
de Carmona.
ENRIQUE. Si el invicto
Alejandro se preciaba
de magnánimo y propicio,
en vos se mira y se halla,
señor, su retrato mismo. *(Vanse.)*

Salen el PRÍNCIPE D. PEDRO, D.ª ELVIRA y FÉLIX.

PRINCIPE. Ninguno puede juzgar,
bella Elvira, del amor,
si no le trata en rigor.
ELVIRA. Vuestra alteza podrá amar
mi rendido corazón
con aquella autoridad
que ostenta la majestad;
pero ha de haber distinción
de amar por hallarse amado,
ó querer sin este medio,
que el mío amó sin remedio
y el suyo después de hallado.
Y pues el vulgo le llama,
por lo severo, cruel,
más amante y más fiel
será mi amorosa llama;
que si la Naturaleza
le repartió generosa
un alma tan belicosa,
razón es que vuestra alteza
confiese que pudo amar
en el grado que se halló,
y que mi amor se miró
en más dichoso lugar.
PRINCIPE. Elvira discreta, yo
cuanto tengo de crüel
tengo de firme y fïel.
ELVIRA. En esta parte no halló
mi amor la dificultad.
PRINCIPE. Pues erraste el argumento,
no por el entendimiento,
sino por la voluntad;
que el amante verdadero
es el que tiene valor,
y tanto tiene de amor
cuanto tiene de severo.
La razón es que no puede
el ánimo atropellar
el efecto del amar;
antes, Elvira, le excede.
Y en llegándose á rendir
la valentía al amor,
acredita su rigor
para procurar vivir.
De modo que un alentado,
si llega á tener amor,
será más firme amador
que el más cuerdo enamorado.
ELVIRA. Príncipe y señor, dos años
(que días han sido dos)
há que nuestro amor secreto
dos voluntades ligó.
Vuestro decoro real
(propio de tanto valor)
respetó mi honor de suerte,
que sólo Félix gozó
la esfera deste secreto;
que cuando llega un señor
á pretender una dama
de calidad y opinión,
en el caos de su prudencia
debe sepultar su amor.
Doña María de Padilla,
dama de la Reina, y yo,
con los ojos solamente
nos celamos la afición;
que aunque sé que vuestra alteza
ningún favor concedió
á sus deseos secretos,
ni ella me los declaró,
es tan delicado en mí
este recelo de amor,
que le riño con la vista
si le callo con la voz.
Considerando el efecto,
la calidad de mi honor
(que siempre mira los fines
aquel que los acertó),
quisiera, no os enojéis,
que, como tan ciega estoy,
voy á tiento caminando
á dar en la posesión.
Vos sois, príncipe don Pedro,
legítimo sucesor
de Castilla, y presumir
mi vana contemplación
que los rayos de laurel
me comuniquen su sol,
cuanto parece arrogancia
carece de discreción.
Pues, señor, si ser no puedo
deste planeta mayor
precursora de su día,
¿qué esperanza le quedó
al amor para ser vuestra,
pues siéndolo sin honor
será acierto del deseo,
pero de la sangre nó?
Y siendo así, ¿qué remedio
podrá asegurar, señor,
este riesgo del decoro,
precipicio tan veloz,
que en el imán de la vida
sustenta la estimación?
Considerad mi nobleza;
y, pues tan discreto sois,
reparad lo que merece
una mujer con honor.
Yo le tengo, y si una vez,
por yerro de la razón,
le perdiere, os doy licencia
que me despreciéis, señor;

que si la vista se precia
de angélica admiración,
razón es que vuestros ojos
diferencien mi opinión;
porque, de hacer lo contrario,
juzgaré, dueño y señor,
que lo que habéis vos perdido
lo tengo ganado yo;
que la falta no la tiene
sino el que no la sintió,
y si vos no reparáis
en la falta de mi honor,
la flaqueza que yo tuve
se debe poner en vos.
Este afecto, este deseo,
este celo, este primor,
no turbe, no precipite
vuestra real condición,
culpando mi vanagloria,
cuando adorándoos estoy;
que si vos me habéis prestado
lo severo del valor,
no fuera acción poderosa,
sino baja inclinación,
perder la soberanía
el mismo que la ganó.
Yo soy noble, vos discreto,
yo mujer y vos señor,
vos caballero y yo dama;
consultad con discreción
lance de tanta importancia,
entretanto que mi amor,
ó muere con el desprecio,
ó vive con el favor.

PRINCIPE. Doña Elvira de Liarte,
si vuestras razones son
primores de vuestra sangre,
por tales los tengo yo.
Lo que os puedo asegurar
de la parte de mi amor,
es que si doña María
de Padilla declaró
su amor, que ignoro el deseo,
la primera que alumbró,
señora, este galanteo
en mi olvido fuísteis vos;
mi amor primero habéis sido,
y si vuestro claro honor
halla imposibles los rayos
del que habéis llamado sol,
será bien dalle á entender
el engaño en que se halló;
que vanas desconfianzas
no siempre discretas son.
Sosegad esos recelos,
que no siempre se valió
un laurel de otro laurel;
que aun hay calidad en vos
para merecer coronas,
y aun es pequeño blason.
Palabra os doy....

FELIX. No prosiga
vuesta alteza, gran señor,
que sale doña María.

PRINCIPE. Mal estorbo la dé Dios. *(Vase.)*

Sale D.ª MARÍA DE PADILLA

MARIA. No son vanos mis enojos;
ó el Príncipe tiene amor
á doña Elvira, ó fué error
el que fulminan mis ojos;
pero mi entereza es tal,
que, aunque le quiero también,
tal vez por este desdén
le estimo quererme mal;
que el desaire más discreto
para aborrecer lo amado,
es ignorar el cuidado
en público y en secreto.
Y pues le llego á sentir
sin quererme declarar,
ó el Príncipe me ha de hablar,
ó primero he de morir.
Que si Elvira está segura
de merecer su nobleza,
gáneme por la belleza,
pero no por la cordura. *(Llégase.)*
Elvira, si yo supiera
tan noble conversación,
le rogara al corazón
que antes de agora viniera;
que un príncipe tan discreto,
con un ángel platicando,
irá documentos dando
al más divino inteleto;
y el mío, que siempre ha sido
tan amigo de saber,
procurará obedecer
los términos de entendido.
Pero, pues llega su empleo
tan tarde, por el favor,
culparse puede su error,
pero nunca mi deseo.

ELVIRA. Doña María, ignorar
ese curioso decir,
se pudiera presumir
de una persona vulgar.
Pero es tu mucha prudencia
tan perfeta y tan segura,
que se adorna de cordura
y se forma de la ciencia.
Y si en la conversación
haces del concepto alarde,
¿cómo puedes llegar tarde
con tu mucha discreción?
Que si el manjar del oído
animado gusto es,
aunque vinieras después
no estragaras lo sentido.
Pues con decirte en rigor
de la academia el asunto,
tu juicio sacará junto
lo tratado por menor.

MARIA. ¿Es lisonja ó cortesía?
porque me salen colores.

ELVIRA. No es mucho, siendo las flores
tan propias, doña María.

MARIA. No admiro que me saliera
este tesoro del Mayo,
si tu sol con tanto rayo
le vino por primavera.
Y pues ocasión me has dado,
podré saber el asunto;
que con alcanzar un punto,
sabré todo lo tratado.
Y esto no lo digo, Elvira,
con sombra de vanidad,
sino por hacer verdad

lo que en mí juzgo mentira.

ELVIRA. Sí hiciera, mas el Rey viene. (*Ap.*) (Curiosa es esta mujer; después lo podrá saber, que agora no me conviene.)

Salen el REY, D. ENRIQUE DE SALDAÑA, LIMÓN y acompañamiento.

REY. Don Enrique, yo quiero hablalla á solas.

ENRIQUE. De tu juicio espero mayor felicidad para servirte.

LIMON. Señor, ¿cómo tan triste?

ENRIQUE. Calla, necio.

LIMON. Mosca tiene, por Dios; que este desprecio no viene sin cuidado. Algún tábano grande le ha picado.

REY. Quede sola conmigo doña Elvira. (*Vanse D.ª María y D. Enrique.*)

LIMON. ¡Oh, qué presto retira una palabra real al más helado! Ni aun figura de piedra no ha quedado.

REY. Retiráos también vos.

LIMON. De buena gana. Así se retirara una cuartana. (*Vase.*)

REY. Doña Elvira, los reyes siempre han dado á sus vasallos el debido estado que por su sangre y calidad merecen, y esta es la causa, sí, porque florecen todas las monarquías; los anales lo digan de los días. Yo debo á vuestra sangre generosa esta deuda forzosa, y pretendo pagalla como es justo, y creo que ha de ser á vuestro gusto. Yo os tengo dado estado.

ELVIRA. (*Ap.*) (Rayo ha sido esta palabra para mi sentido). ¿Casada me tenéis?

REY. Sí, de mi mano.

ELVIRA. Estimo (muerta soy) el soberano favor que me habéis hecho. (*Ap.* ¡Qué fuego es éste que abrasó mi pecho!) ¿Y con quién, gran señor?

REY. Con don Enrique.

ELVIRA. La fama su valor y honor publique; que aunque está dilatada (*Ap.*) (aquí fué Troya para mí abrasada) es mayor su grandeza. (*Ap.* Perdíme á mí, pues que perdí á su alteza.)

REY. ¿Qué respondéis?

ELVIRA. Si puede dilatarse la respuesta, señor....

REY. Es ignorarse en mí el acierto; ello está tratado, y esta noche ha de ser.

ELVIRA. ¿Efectuado?

REY. Sí, Elvira, que un acierto se confirma mejor con el concierto; vuestro esposo es Enrique.

ELVIRA. (*Ap.*) (¿Hay más veneno? Agora sí que fuera el rayo bueno.)

REY. (*Ap.*) (Si no me engaño, está con poco gusto, y que apuremos este lance es justo; no demos á un amigo el mayor de los hombres enemigo.) Elvira, he sospechado que deste casamiento habéis quedado disgustada.

ELVIRA. Señor....

REY. Habladme claro, que aun puede este dolor tener reparo. ¿Tenéis amor á algún vasallo mío?

ELVIRA. Nó, señor; pero....

REY. Hablad.

ELVIRA. (*Ap.*) (¡Qué desvarío! perdida soy si digo mi secreto.)

REY. Si le tenéis, decidle; que os prometo de casaros con él, si él os merece.

ELVIRA. (*Ap.*) (Aquí la duda crece.) Señor, no tengo amor ni lo he tenido.

REY. Pues ¿por qué despreciáis noble marido?

ELVIRA. Por servir á la Reina.

REY. Es excusado, ella gusta también daros estado; y no habiendo de amor impedimento, esta noche ha de ser el casamiento.

ELVIRA. (*Ap.*) (Acabóse mi vida. ¿No hay de limosna un rayo de por vida?)

REY. Alegráos; don Enrique es caballero, soldado y consejero, y de cuyo valor soy yo testigo, y en mis Estados el mayor amigo. (*Vase.*)

ELVIRA. Aquí acabó mi esperanza.
¿Qué horror, qué desasosiego,
qué pérdida, qué fortuna,
qué adversidad, qué tormento,
qué muerte, qué error, qué pena,
qué castigo, qué desprecio,
qué dolor, qué pesadumbre,
y, sobre todo, qué fuego
trujo una palabra sola
para mí, que en un momento,
alma, corazón y vida,
majestad, amor, sosiego,
poder, valor y cordura,
sér, albedrío y deseo
arruinó con una acción,
taló con un pensamiento,
heló con sola una vista
y abrasó con un desprecio?

Sale el PRÍNCIPE D. PEDRO.

PRINCIPE. ¿Elvira hermosa?

ELVIRA. ¡Ay de mí!

PRINCIPE. ¿Tú con llanto, hermoso dueño?
¿Quién dió disgusto á tus ojos
para parecer más bellos?
¿Quién á tus hermosas niñas,
conchas lucientes del cielo,
sacó perlas, apesar
de los nácares de adentro?
¿Qué es esto, dueño querido?

ELVIRA Príncipe y señor, si el cielo
quiere que os pierda, ¡ay de mí!
¿para qué la vida quiero?
Muera á manos del dolor
quien pierde lo que yo pierdo.

PRINCIPE. ¿Cómo perderme, señora?

ELVIRA. Como fué mudable el tiempo....

PRINCIPE. ¿Qué mudanza, si te adoro?

ELVIRA. Todo nuestro amor fué sueño.

PRINCIPE. ¿Sueño llamas nuestro amor?

ELVIRA. Sí, pues acabó tan presto.

PRINCIPE. ¿Son celos?

ELVIRA. Pluguiera á Dios.

PRINCIPE. La causa, mi bien, espero.

ELVIRA. La causa es morir.

PRINCIPE. ¿Qué dices?
ELVIRA. Que está el corazón tan muerto,
que cuando quiere animar
las palabras, late recio,
diciéndome: «No lo digas;
muere tú, viva tu dueño.»
PRINCIPE. Más me matas de esa suerte;
dime, mi bien, el suceso.
ELVIRA. Casóme el Rey con Enrique.
Mira si tanto veneno
podrá dividir un alma
y dejar sin vida un cuerpo.
PRINCIPE. Bien he menester, Elvira,
valerme de lo severo
en este terrible lance.
¿Qué dices?
ELVIRA. Lo que no puedo
decir sin morir, pues vivo
sin poder hallar remedio.
PRINCIPE. ¿Qué más pudiera decir
si acaso estuviera hecho?
El tiempo, el poder y yo
somos poderosos dueños.
ELVIRA. ¿Qué tiempo, si es esta noche,
por mi mal, el casamiento?
PRINCIPE. Yo lo impediré, apesar
de cuantos lo hubieren hecho,
dando muerte á don Enrique.
ELVIRA. Eso es perderme y perderos.
PRINCIPE, Amor tengo para todo.
ELVIRA. Nó, señor; nó, amado dueño;
vivid vos, que sois el alma
de todo este ilustre imperio;
muera yo sin gusto, pues
nací, sí, para perderos.
Arriésguese un alma sola,
piérdase un solo sujeto,
acábese un solo gusto,
sepúltese un solo riesgo,
y no alborote una vida
toda la quietud de un reino.
El Rey es prudente y sabio,
Enrique gran caballero;
para veros en desgracia
del Rey, más quiero perderos.
PRINCIPE. ¿De modo, que llevas gusto
de gozar de ajeno dueño?
ELVIRA. Llevo gusto de morir,
y voy trazando mi entierro,
vistiendo de luto en vida
mis perdidos pensamientos
PRINCIPE. ¿Tú casar viviendo yo?
ELVIRA. Si queréis honrar mi cuerpo,
halláos, señor, esta noche
en aqueste casamiento;
que no hay mejor sepultura
para una mujer de ingenio,
que un matrimonio forzado
y un aborrecido dueño.
PRINCIPE. Elvira, si tú te casas
(que he de morir yo primero
que tal agravio permita),
fábula será mi empeño.
ELVIRA. En las frentes laureadas
no milita ese defeto;
ocupe doña María
deste eclipsado lucero
los rayos, pues fué mi amor
flor deslucida en almendro,
que nace en brazos del alba
y viene muerta naciendo.
PRINCIPE. ¿Así agravias mi valor?
ELVIRA. Nunca os agravió mi pecho.
PRINCIPE. Pues ¿cómo quieres casarte?
ELVIRA. ¿Yo casarme? Quiera el cielo
que antes de ponerme el lazo
me ahogue mi sentimiento.
PRINCIPE. Yo soy tu esposo, mi bien.
ELVIRA. Ya es tarde, no podéis serlo.
PRINCIPE. ¿Quién lo impide?
ELVIRA. Mi fortuna.
Adiós, mi adorado dueño;
que pues se me acaba el nombre,
y ya por instantes muero,
justo será que le goce
el alma este breve tiempo,
que ese le cabe de vida
y le sobra de tormento.
PRINCIPE. Siglos han de ser, señora.
ELVIRA. Siglos serán de desprecios
los que pasaré sin vos;
no más, no más, que no puedo
formar la voz, pues me dicen
mis suspiros allá dentro
que no es bien que viva agora
quien ha de morir tan presto. *(Vanse.)*

Salen LIMÓN y LEONOR.

LIMON. Leonor, yo lo supe agora,
y que esta noche ha de ser
doña Elvira su mujer.
LEONOR. Huélgome que mi señora
con don Enrique se case,
que es muy noble tu señor;
y pues me tienes amor,
también es justo que pase,
si gustas, entre los dos
el casamiento segundo.
LIMON. Primero me iré del mundo;
no me hables de eso, por Dios.
¿Yo casarme? guarda fuera;
¿bodas yo? no por mi casa;
no he de asentar esa basa
aunque el ser hombre perdiera.
LEONOR. Pues ¿por qué?
LIMON. Por no lidiar
con mujer, ni ella conmigo;
ni que lidie el más amigo,
á quien he de sustentar.
LEONOR. Pues ¿no es bueno el matrimonio?
LIMON. Bonísimo para tí,
mas no, Leonor, para mí.
LEONOR. Pues ¿qué temes?
LIMON. El demonio,
que es sutil, y si casado
contigo, Leonor, me viera,
por tentarte me corriera.
LEONOR. Subiérame yo al terrado.
LIMON. Pues por eso no me caso,
y por otras niñerías,
y si un poco más porfías,
las diré más que de paso.
LEONOR. También las puedes decir,
como yo nunca creer.
LIMON. Si se diera una mujer
á contento ó despedir,
aun pudiéramos los dos
no recelar un desdén,

y si no te hallaras bien,
te pudieras ir con Dios.
Porque si entiendes que yo
me case á carga cerrada,
es locura declarada
que no puedo aguardar, nó.
Un dote muy boceado,
un gasto muy consumido,
un hijo muy mal parido
y un ordinario cansado.
Pues si tienes madre ó tía
(sogas de todo casado),
y yo algun necio cuñado,
dígote que en Berbería
me vea si me casare
en mi vida con mujer;
que quiero lazo arromper
cuando á mí se me antojare.

LEONOR. Pues vaya el necio á buscallo
al infierno.

LIMON. ¿Qué mayor
que desposarme, Leonor?

LEONOR. Por cierto, lindo caballo.

LIMON. Yo sé que me transformaras
muy presto en otro animal,
que es el dote principal,
Leonor, en que me dotaras.
Mas dejando el matrimonio
como si nunca le hubiera,
¿quieres, Leonor, que te quiera?

LEONOR. Quiero que des testimonio
de que soy mujer honrada,
haciendo cuanto me dices,
y porque lo solenices,
será después de casada. *(Vanse.)*

Salen el REY y D. ENRIQUE DE SALDAÑA.

REY. Enrique, el tomar estado
es de la sangre trofeo,
y acertando en el empleo,
el gusto queda pagado.
Hablé á Elvira, y si un agrado
honestamente amoroso
es centro del más dichoso,
en vuestra esposa le hallé,
y también la examiné
de lo que estáis receloso.

ENRIQUE. ¿Y qué respondió, señor?

REY. Que á ninguno amor tenía;
y dió á entender que sería
más dilatado el favor
si yo gustaba en rigor
que el plazo se dilatase,
para que ella mejorase
de honor y merecimiento
sirviendo á la Reina.

ENRIQUE. *(Ap.)* (Siento
que el Rey no lo otorgase.)
Señor, si vos lo ordenáis,
que confiese el alma es justo
que toma estado á su gusto.

REY. Yo sé bien lo que ganáis.

ENRIQUE. Mirad que vos me casáis;
y si Elvira, por servir
la Reina, quiere admitir
dilación entre los dos,
yo, por serviros á vos,
lo mismo puedo decir.

REY. No es bien, Enrique, que yo
admita vuestro consejo.

ENRIQUE. Vuestra palabra es espejo
donde el alma se miró;
noté que se desvió
doña Elvira con desdén
de su cristal, y si el bien
consiste en la claridad,
yo miré en la majestad
la acción que me está más bien.
Por serviros tengo amor,
y adoro, por vuestro empeño,
el noble y divino dueño,
donde gano tanto honor.
Dudo el estado mayor,
mas el cielo me ha de dar
vida para no dudar,
recelo para sentir,
muerte para no vivir
y pena para callar.

Salen D.ª ELVIRA, D.ª MARÍA DE PADILLA, el príncipe D. PEDRO, LEONOR, LIMÓN y FÉLIX.

MARIA. ¿Puedo darte parabién
del nuevo estado que gozas?

ELVIRA. *(Ap.)* (Ya empiezan mis enemigos
á atormentar mi memoria.)

LIMON. Los novios vienen á vistas.

LEONOR. Sí, pero triste la novia.

LIMON. Y mi amo, ¿no lo ves
con la cara toda á orza?

PRINCIPE. Que te adoro he de decir
públicamente.

ELVIRA. Si tomas
resolución de mi muerte,
no llevarás la victoria,
porque yo vengo sin vida.

PRINCIPE. ¿Cómo me impides, señora,
este de amor noble afecto?

ELVIRA. Príncipe y señor, las cosas
que dispone la fortuna
son lances de la discordia;
ya que me quitas la vida
no pongas duelo en la honra.
Yo te quise, ya pasó,
no vuelvas á la memoria
las finezas de mi amor,
cuando están llorando todas
su muerte, pues muerte ha sido
esta fuerza rigurosa.

PRINCIPE. En fin, ¿quieres que te pierda?

REY. Don Enrique, esto os importa.

ELVIRA. Mira que los dos estamos
ciegos, y que espero agora
perder la vista del alma
en tanto que otro la cobra.

REY. Doña Elvira, á don Enrique
vuestro esposo, que ya goza
(corto blasón á su sangre)
el condado de Carmona,
dad la mano.

PRINCIPE. *(Ap.)* (No es posible
sufrir acción tan costosa.)

FELIX. Mira, señor, que te pierdes.

PRINCIPE. Sólo su honor me reporta.

ENRIQUE. Á la voluntad del Rey
mi mano....
(Al irse á dar las manos cae D.ª Elvira.)
Querida esposa.
(Ap.) (Parece que el primer lance

duda lo que el alma llora.)
REY. Padrinos la Reina y yo
seremos en estas bodas.
MARIA. Doña Elvira va sin gusto.
LIMON. ¿Esto es casar? Lindas tortas.
REY. Venid, Enrique, conmigo;
y doña Elvira éntre agora
á visitar á la Reina.
PRINCIPE. En fin quisiste, ingeniosa,
darme muerte con casarte.
ELVIRA. Mirad que el alma se ahoga
y no puede responderos.
PRINCIPE. ¿Y mi amor, Elvira hermosa?
ELVIRA. Vuestro amor fué como el mío;
salió luz y murió sombra.
PRINCIPE. ¿Y mi dichosa esperanza?
ELVIRA. Fué estrella y acabó en rosa.
PRINCIPE. ¿Y mis constantes palabras?
ELVIRA. El viento las llevó todas.
PRINCIPE. ¿Y mi voluntad rendida?
ELVIRA. Descanso tomará en otra.
PRINCIPE. ¿Y mis suspiros?
ELVIRA. Adiós,
que mis ojos van agora
á destilar poco á poco
el corazón, que se ahoga
en un diluvio de agravios,
que anuncian trágica historia.



JORNADA SEGUNDA

Salen LEONOR y LIMÓN.

LEONOR. Lindo estado el matrimonio.
LIMON. ¿Por qué lo dices, Leonor?
LEONOR. Dígolo por nuestro amor.
LIMON. Levántase un testimonio;
que si casados no estamos,
ni pienso que lo estaremos,
¿de qué sirven los extremos?
LEONOR. ¿Cómo nó, si lo esperamos?
Toma ejemplo en tu señor
y en su esposa doña Elvira.
LIMON. Casamiento que suspira
nunca me agradó, Leonor;
demás, que hay gran diferencia
de los lazos superiores,
Leonor, á los inferiores;
escucha la consecuencia:
yo juzgo que tu señora
y don Enrique casaron
á disgusto; pero hallaron
á aquella pequeña aurora
en la sangre que, heredada
en el noble nacimiento,
llora con entendimiento,
como si no hiciera nada.
Mi amo, con juicio grave,
enamora á lo señor,
que es un amor sin amor,
que se sabe y no se sabe;
doña Elvira se previene
deste prudente rigor;
ama, pero es un amor
que se tiene y no se tiene;
él busca términos cultos
cuando quiere enamorar,
y ella le sigue en buscar
otros críticos y ocultos;
bien que los amores llanos
se dicen con melodía,
y á mi ver es cortesía,
como «bésote las manos;»
ayer la dijo «mi amor,»
y ella le dijo «mi bien,»
y los dos el parabién
se dieron de este favor;
el amor vino cansado,
el bien vino retraído,
y uno y otro tan caído
que me trastorné de un lado;
mas, como la autoridad
es fundamento sagrado,
se tuvieron por estado
en su misma gravedad.
LEONOR. Yo he reparado, Limón,
también en esos amores,
y creo que los señores
adoran por ilusión;
el día del desposorio
á la una se acostaron
y á las seis se levantaron.
LIMON. Es su desprecio notorio;
condeno los disfavores
haciendo del alba alarde,
porque el levantarse tarde
es muy propio de señores.
LEONOR. Licencia Elvira pidió
para venir á palacio,
y un sí vino tan despacio,
que se duda si llegó;
de don Enrique el disgusto
se vió tan disimulado,
que no fuera declarado
sino por el mucho gusto
que mi señora mostraba;
de suerte que, en cortesía,
lo que el uno se reía
el otro, Limón, lloraba;
mas esto con tal decoro
en los lugares de adentro,
que la risa buscó el centro
y la estimación el lloro;
que, como los dos estaban
en diferente lugar,
se vinieron á encontrar
en lo mismo que dudaban;
nuestro amor fuera en los dos,
Limón, mucho más propicio.
LIMON. Reniego de tal oficio,
no me hables de eso, por Dios;
solamente con oíllo
me corro, y nunca quisiera
que ninguno me corriera.
LEONOR. Mi amor, Limón, es sencillo.
LIMON. Yo lo creo.
LEONOR. Lindo modo;
pues bien lo puedes creer.
LIMON. Créolo sin responder
y tataracreo y todo.
LEONOR. Pues si es así, dí, Limón,
¿cómo casarte no quieres?
LIMON. Porque todas las mujeres

carecen de condición.
Si es altiva es intratable,
si es necia es impertinente,
si es hermosa nada siente,
si es fea es irremediable,
si es celosa es atrevida,
si es noble nadie la agrada,
si es pobre desconfiada,
si es rica desvanecida,
si es limpia muy melindrosa,
si es sucia es un Satanás,
si es soberbia un Barrabás,
si habla poco es maliciosa,
si habla mucho es un molino,
si es liberal es perdida,
si es avara mal nacida,
si es loca es un desatino,
si el marido es algo bueno,
ella luégo es algo mala;
si no hay cada mes su gala,
hay cada día un veneno;
si no la quieren se emperra,
y si la quieren no quiere;
si no hay paseo se muere,
y habiéndole es todo guerra;
la más fina es más ligera,
la más cuerda más taimada,
la más sabia más errada,
la más dócil más entera.
De modo que es, en rigor,
si lo quieres entender,
para un hombre la mujer,
la ninguna la mejor;
pues si le entrega el marido
algún poder, poco cuerdo,
aquí es, Leonor, donde pierdo
(y con razón) el sentido;
la verás luégo mandar
con imperio tan cruel,
que puede el propio Luzbel
aguardalla ni esperar;
en fin, para no morir
de necio y de majadero,
quiero más morir soltero
que no casado vivir.

LEONOR. Si el Príncipe no saliera,
yo te dijera, Limón,
los hombrecitos quién son.

LIMON. Yo, Leonor, te respondiera.

Salen el PRÍNCIPE y FÉLIX.

FELIX. Yo con Limón hablaré.

PRINCIPE. Y yo le diré á Leonor
mi intento.—¿Leonor?

LEONOR. ¿Señor?

PRINCIPE. Oye aparte. Yo seré
á tu amor agradecido,
si haces por mí cierta acción
sin que des parte á Limón.

LEONOR. Hecha está, si eres servido
de decírmela.

PRINCIPE. Yo quiero
hablar esta noche á Elvira,
sin que ella lo sepa.

LEONOR. Mira
que Enrique es gran caballero.

PRINCIPE. Mi intento es sólo, Leonor,
pues doña María es su amiga,
que cierta pasión la diga.

LEONOR. Bien está; pero, señor,
ella ha venido á palacio,
y aquí la podrás hablar.

PRINCIPE. Lo que yo quiero tratar
requiere, Leonor, espacio.

LEONOR. De día no puede ser.

PRINCIPE. Esto me importa, Leonor.

LEONOR. Mucho temo á mi señor.

PRINCIPE. Á las diez iré á saber
si tiene cierta pasión
una pequeña esperanza.

LEONOR. Si un príncipe no la alcanza,
¿quién podrá?—Vamos, Limón. (*Vanse.*)

Salen D.ª ELVIRA y D.ª MARÍA.

MARIA. Mil parabienes te doy
por las nuevas que me das;
que tus gustos, doña Elvira,
son propios y de estimar.

ELVIRA. Es don Enrique, mi esposo,
tan cuerdo y tan principal,
y se acordaron de suerte
la mía y su voluntad,
que no puedo más quererle,
ni él á mí quererme más.

MARIA. Es en dos nobles casados
la mayor felicidad.

ELVIRA. (*Ap.*) (Ésta presume que reina
en mí, mas presume mal,
aquel amor tan costoso
y difícil de quitar.)

MARIA. (*Ap.*) (Elvira puede muy bien
en su amor decir verdad;
pero yo no he de creer
esta mudanza jamás,
y si la tiene, su amor
ni fué amor ni llegó allá;
que el amor, si es verdadero,
es, como el alma, inmortal,
que en entrando en la materia
sin la muerte no se va.)
¿Sabes, amiga, qué veo?
Que si no ha tenido igual
tu hermosura (no me engaño),
después que casada estás
los rayos de tanto sol
han salido á lucir más.

ELVIRA. Quédese, doña María,
ese requiebro solar
para quien goza las luces
de tu perfecta deidad.

MARIA. ¿Hablaste al Príncipe?

ELVIRA. Nó,
que es tarde y me reñirán
en mi casa, según dice
toda la gente vulgar.

MARIA. Asegúrote que temo
una grande enfermedad
en don Pedro, que estos días
me dicen que se halla mal.

ELVIRA. Déle Dios salud perfecta.

MARIA. Solía conmigo hablar
y agora no hay quien le vea.

ELVIRA. Él es cuerdo y volverá.

MARIA. Si tú estuvieras aquí
no lo pudiera dudar.

ELVIRA. Antes presumo al contrario.

MARIA. La discreción es imán,
y junto con la hermosura,

se lleva la majestad.

ELVIRA. Yo sé bien, doña María,
que tú te la llevarás.

MARIA. ¿Yo, doña Elvira?

ELVIRA. Sí, amiga;
que nadie puede dudar
lo que merece tu sangre,
tu virtud y calidad.

MARIA. La corona está muy lejos
para podella gozar;
demás, que tengo á don Pedro,
aunque es discreto y galán,
por un hombre sin amor,
y yo no le tengo más.

ELVIRA. Lo mismo puedo decir.

MARIA. No te quiero confesar.

ELVIRA. Ni yo á tí, doña María.
La noche se viene ya;
adiós.

MARIA. Mil años te goces.

ELVIRA. Tú siglos de eternidad.

Salen el PRÍNCIPE y FÉLIX, de noche.

PRINCIPE. No me puedo divertir,
si no es rondando esta casa;
que, como el alma se abrasa,
para procurar vivir,
con los suspiros pretende
decir á Elvira su amor.

FÉLIX. Flaca defensa es, señor,
si Elvira no los entiende.

PRINCIPE. De palacio salió agora;
seguíla, en su casa entró,
y como Enrique quedó
con el Rey, tengo la hora
más segura de mi amor.

FELIX. En grande riesgo te pones.

PRINCIPE. Nunca estos riesgos abones.

FELIX. No ha de abrirte.

PRINCIPE. ¿Quién?

FELIX. Leonor,
busca otro nuevo cuidado;
que un filósofo decía
que el amor es como el día,
que con otro es olvidado.

PRINCIPE. Sí, pero no reparó
ese necio impertinente
que el mejor día presente
nunca llega al que pasó.

FELIX. No sé yo si puede ser
tan seguro ese argumento.

PRINCIPE. Cuando apruebe el pensamiento
(lo que no debo creer),
quien te dijo que pasó
en mi corazón el día
de doña Elvira, podía
decirte que no llegó.

FELIX. Señor, si ella está casada,
¿qué día puedes gozar?

PRINCIPE. El que ella me puede dar.

FELIX. ¿Cómo, si es noble y honrada?
Mejor te fuera, señor,
pues has perdido este día,
tenelle en doña María.

PRINCIPE. No es posible en tanto amor.

FELIX. Mira que es tarde, y podrás
dar escándalo en la puerta.

PRINCIPE. Si la del alma está abierta,
en vano te cansarás.

Salen D. ENRIQUE y LIMÓN.

ENRIQUE. Limón, tarde hemos llegado.

LIMON. Á mi parecer, señor,
serán las diez en rigor;
mucho en palacio has estado.

ENRIQUE. Por venir con más secreto,
solo contigo he venido;
llega y abre, que un olvido
sin escándalo es discreto.
(Dale la llave maestra D. Enrique á Limón, y al querer abrir la puerta, topa con Félix y el Príncipe.)

LIMON. Llego.

FELIX. ¿Quién va?

LIMON. Las narices,
pues con ellas he llamado.

ENRIQUE. ¿Quién es, Limón?

LIMON. He topado
unos barbados tapices.

FELIX. No sea Enrique, señor;
retírate, que he notado....

PRINCIPE. Yo jamás me he retirado.

Sale á la puerta LEONOR.

LEONOR. ¿Es el Príncipe?

PRINCIPE. ¿Es Leonor?

ENRIQUE. Á esta parte te retira.
(*Pasan D. Enrique y Limón de la otra parte.*)

FELIX. Los que á la puerta llegaron,
si no me engaño, pasaron.

LEONOR. Mi señora, doña Elvira,
en su cuarto retirada
aguardando á mi señor
está, y si sabe mi error,
que yo no la he dicho nada,
no hay duda que me dé muerte.

LIMON. La puerta abrieron, señor.

ENRIQUE. Calla; ¿ya empieza mi honor
á peligrar desta suerte?
Pero será algún criado.

LEONOR. No la has de poder hablar.

PRINCIPE. Leonor, yo tengo de entrar
á salir de este cuidado.—
Véte, Félix.

FELIX. Señor, ¿yo?

PRINCIPE. Buen hielo para mi fuego.

ENRIQUE. No escucho nada, yo llego.

LEONOR. Entra, pues.
(*Cuando D. Enrique quiere llegar á la puerta entra el Príncipe, cierra Leonor la puerta y Félix se va, y Limón y D. Enrique quedan solos.*)

LIMON. Entró y cerró.

ENRIQUE. ¿Quién á estas horas, Limón,
estará fuera de casa?
¿Cómo este desorden pasa
donde hay consejo y razón?
Abre, que quiero saber
quién es causa deste error.

LIMON. Será sin duda Leonor,
porque otro no puede ser.

ENRIQUE. No me puedo persuadir
tan brevemente á un engaño;
averigüemos el daño
para vivir ó morir.
(*Vanse D. Enrique y Limón.*)

Salen D.ª ELVIRA y el PRÍNCIPE, con luz, y LEONOR.

ELVIRA. Señor, tanto atrevimiento
donde peligra el decoro,
donde se arriesga la vida
y se da el honor á logro,
cuanto tiene de imprudente
se ostenta de escandaloso;
mirad quién soy, y mirad
que don Enrique, mi esposo,
cuanto le dudé le estimo,
cuanto le ofendí le adoro,
si es ofensa no quererle
antes que fuera mi esposo.

PRINCIPE. Yo vengo, Elvira, á saber
si aquel cariño que lloro,
aquel amor que no veo,
aquel favor que no gozo,
aquel sol que no visito,
tiene en su divino golfo
si no rayo, una centella,
y si no centella, un solo
ardor que me vivifique,
pues los he perdido todos.

ELVIRA. No es tiempo, señor don Pedro,
de discursos amorosos;
ya acabaron las finezas,
los suspiros, los sollozos,
los amores, los regalos
de la mocedad y el ocio;
volvéos, si no queréis,
con artificio costoso,
manchar el mejor armiño,
cortar el mejor pimpollo,
deslucir la mejor fama
que alumbra el planeta rojo;
ya dieron fin los deseos,
aquel fué un tiempo, este es otro;
entonces privó el amor
y agora el honor heróico;
los que allí favores fueron
son aquí duros escollos;
las que allí esperanzas vanas
aquí imposibles estorbos:
mi honor ha de ser primero,
vuestro amor postrero en todo;
el que os tuve fué prestado,
el que tengo agora es propio.
¿Don Enrique?

LEONOR. Él ha llegado.

ELVIRA. ¿Qué habéis hecho? ¿Deste modo
habéis querido perderme?

PRINCIPE. El retirarme es forzoso.
(Retírase el Príncipe detrás de un paño.)

Salen D. ENRIQUE y LIMÓN.

LIMON. Entraron, mas no salieron.

ENRIQUE. ¿Elvira?

ELVIRA. ¿Querido esposo?
¿Cómo tan tarde, mi bien?

ENRIQUE. Como fué lance forzoso.
(Ap.) (Limón, guárdame la puerta.)

LIMON. Yo la guardaré de modo
que no salga ni un mosquito. *(Vase.)*

ENRIQUE. Elvira, mi bien, no ignoro
que es fineza del amor
(y por tal la reconozco)
el no haberos recogido.
Retiráos, que tengo un poco
que despachar.--Vé, Leonor,
por papel y tinta.

ELVIRA. ¿Solo
os queréis quedar aquí?

ENRIQUE. Tengo un despacho forzoso
del Rey, y á las seis, Elvira,
lo he de llevar.

ELVIRA. *(Ap.)* (Poco á poco,
pesar, me vais acabando;
¡oh, si viniérades todos
de una vez, para que fuese
breve el mal, el dolor corto!)

LEONOR. Á la puerta está Limón
de guarda.

ELVIRA. ¡Qué horror, qué asombro!

LEONOR. ¿Qué haré, señora?

ELVIRA. Morir,
último remedio y solo.
(Vanse D.ª Elvira y Leonor.)

ENRIQUE. Cuando se llega á dudar
en un recelo de honor,
la prudencia es el valor
y la cordura el callar;
yo ví, cuando quise entrar,
el que me quiere ofender;
adquirir no es merecer,
conservar es discreción,
pues busquemos la ocasión
para morir ó vencer:
dos lances averiguados
son los que privan aquí;
verdad ó ilusión, y en mí
entrambos son declarados;
los agravios ignorados
buscan su mismo castigo,
no ser de mi mal testigo
fuera error, fuera bajeza;
válgame aquí la nobleza,
busquemos á mi enemigo.
(Toma la luz y entra por la una puerta del vestuario y sálgase por la otra.)
En todo lo que he mirado,
por una y por otra cuadra,
no he hallado señal ninguna
desta ilusión que me mata;
Limón me guarda la puerta,
Elvira está retirada;
veamos este retrete,
que él solo á mis dudas falta.
(Descubre una cortina y ve al Príncipe.)
¡Válgame Dios!

PRINCIPE. Don Enrique,
don Pedro soy, que en tu casa
está, por desgracia tuya;
no te he de volver la cara,
que no la vuelven los reyes,
como deidad soberana.
Yo vine á verte esta noche,
y á darte, Enrique, esta carta,
que me pediste en palacio;
tú sabes de lo que trata.
Doña María de Padilla,
á quien el alma idolatra,
es grande amiga de Elvira;
prudente eres, esto basta.
Si algún recelo has tenido,
por la cruz de aquesta espada
juro, como caballero,
que el sol, en su esfera sacra,

no vive tan puramente
como tu esposa; no hagas
alguna acción que desluzca
tanto honor, pureza tanta.
Respeto fué retirarme
debido á tu sangre y casa;
ordena como prudente,
elige como Saldaña,
que un príncipe te asegura
y un laurel te desengaña.

ENRIQUE. *(Retirase.)* (Quien se casa á su pesar,
cuando á este lance llegó,
lo mismo que receló
llega sin alma á mirar;
pretender alborotar
con los celos el honor,
no es cordura, no es valor.
¡Oh, quién no hubiera nacido,
para no ver ofendido
el sagrado de su honor!
¡Quién, cielos, imaginara
que el Príncipe me ofendia!
Mas cualquiera lo diría
que mis recelos mirara;
perderme tan á la clara
será temeraria acción;
válgame aquí la razón,
saquemos fuerzas del sér,
que no siempre ha de tener
su imperio la condición.
La disculpa que me ha dado
el Príncipe en su delito,
ni la quiero, ni la admito,
pues con ella me ha agraviado;
no puedo quedar vengado
de tanta soberanía.
Siquiera de cortesía,
cielos, en tanto desmayo,
¿no habrá para un triste un rayo
antes que amanezca el dia?)
(Al Príncipe.) Señor, estaba dudando
si puede la majestad
ser ilusión soberana
y en muchas partes estar.
Hallaros yo retirado,
señor, en este lugar
á deshora, visitando
esa ciega obscuridad,
parece sueño ó delirio
de alguna pasión mortal;
vos la debéis de saber
y yo la debo llorar.
El cuidado de la carta
pudiérais bien excusar,
pues siendo vos el señor
hace grande novedad
ser desta suerte servido
el criado más leal.
Abonarme á doña Elvira
también viene á estar de más;
pues para ser ella sol
en el honor que le dais,
basta saber que soy yo
su esposo, y ella el imán
del decoro que se debe
á su sangre y calidad.
Agradezco el juramento,
y os agradeciera más
no hallaros aquí escondido;
pero, si obliga á callar
el respeto de los tres,
esta puerta viene á dar
al jardín, salid por ella,
que no es bien alborotar
los criados de mi casa;
y advertid que os vine á hallar
en esta cuadra escondido,
para que sepáis de hoy más
que no os habéis de esconder
cuando me venís á honrar.
(Abre D. Enrique la puerta del jardín y prosigue.)
Esto, señor, os suplico;
mirad que en la obscuridad
se ve al Rey, pues siendo sol,
por la luz le han de sacar.

PRINCIPE. *(Ap.)* (La fuerza de la razón
reprime la majestad
y mi condición crüel.)
Don Enrique, adiós quedad.
(Vase el Príncipe por la puerta del jardín y queda D. Enrique.)

ENRIQUE. Jüez soy de mi honor, el pleito empieza
condenando la parte poderosa;
averigüemos una causa honrosa,
propia de la cordura y la nobleza.
Sentencia ejecutar no es entereza
que lleva bien la claridad forzosa,
no se ha de echar la firma rigurosa
sin haberse probado la bajeza.
Si se hallare este reo inobediente
viva el honor y salga de cuidado,
obre el discurso lo que el alma siente;
que en la batalla de mi necio estado,
la victoria más alta y excelente
es morir con valor ó ser honrado.

Sale LEONOR.

ENRIQUE. ¡Hola!

LEONOR. Señor.

ENRIQUE. ¿Doña Elvira
se recogió?

LEONOR. Sin que acabes
de escribir, dudo que amor
lo consienta.

ENRIQUE. Ve al instante,
y dila que á mí me importa
leer unos memoriales
que su majestad me dió,
como la dije esta tarde;
y que voy al escritorio
de mi cuarto, que no trate,
Leonor, de tantas finezas,
que no podré despacharme
en un hora.

LEONOR. Voy volando. *(Vase.)*

ENRIQUE. Esto es hecho; agora salen
sin duda á ver á don Pedro
y deste cuarto sacalle;
mato la luz y me pongo
en la cuadra; fuertes lances
son los que el cielo esta noche
ordena para matarme.
(Mata la luz y métese en la parte donde estaba el Príncipe.)

Salen D.ª ELVIRA y LEONOR.

LEONOR. Retiróse á su escritorio.

ELVIRA. Pues la obscuridad nos vale,
por la puerta del jardín
salga el Príncipe al intante.
(Llégase Leonor á don Enrique.)
LEONOR. Señor.
ENRIQUE. ¿Quién va?
LEONOR. Doña Elvira,
mi señora.
ELVIRA. Y tan cadáver,
que sólo pisa su vida
de la muerte los umbrales.
Príncipe, cuya vida,
soberbia y atrevida,
fué un tiempo idolatrada
y agora aborrecida y despreciada,
¿qué ciego atrevimiento
el cuerdo de su sér entendimiento
eclipsó desta suerte
para dar á mi honor tan civil muerte?
Si amor me tuvo....
ENRIQUE. *(Ap.)* (¡Oh ciego desvarío!)
ELVIRA. Antes que fuese don Enrique mío,
agora ¿qué pretende
sabiendo que me ofende?
Si honestamente quise á vuestra alteza,
¿cómo agora no mira la nobleza
de don Enrique y mía?
ENRIQUE. *(Ap.)* (¡Oh noble oído!
Gracias á tanta luz como has traído.)
ELVIRA. Si esto pasa adelante,
yo, que soy de mi honor firme diamante,
iré á los pies del Rey, cuerda y honrada,
y pediré justicia declarada
contra un príncipe injusto,
que atropellar pretende, por su gusto,
con un amor tirano y atrevido,
la paz que con mi esposo he merecido.
ENRIQUE. Señora....
ELVIRA. Es ignorancia conocida
conquistar una vida
que don Enrique goza tan de veras;
en garzas más humildes y ligeras
tendrá su amor remedio.
ENRIQUE. *(Ap.)* (Dióme la vida este prudente medio.)
ELVIRA. Sálgase ó daré voces, alterando
el secreto que el alma está guardando
á la reputación que honor me ha dado;
que aunque lo oiga mi esposo, es tan honrado,
que sabiendo quién soy y lo que he sido,
crédito me dará, como entendido;
que la que sale cuerda confianza,
ni recela peligro ni mudanza.
ENRIQUE. *(Ap.)* (Elvira en este pleito de su ofensa
probó bastantemente su defensa.)
LEONOR. Yo voy por luz para que salga.
ELVIRA. Tente,
que mi honor no consiente
quedar (en tanto fuego declarado)
sola y sin luz.
ENRIQUE. *(Ap.)* (Ya mejoré de estado.)
ELVIRA. Entretanto que vengo, abre la puerta,
no venga don Enrique y me halle muerta;
que sin duda lo estoy, pues he llegado
á lance tan terrible y apretado.
(Va D.ª Elvira por luz.)
LEONOR. Tu alteza no creyó lo que le dije;
quien este medio elige
no aguarde en sus amores
menos desprecios, no menos rigores.

Sale D.ª ELVIRA, con luz.

ELVIRA. La luz es ésta, Leonor;
con secreta diligencia
saca luégo deste cuarto
por el jardín á su alteza.
LEONOR. Vamos, señor.... ¡Ay de mí!
(Ven á D. Enrique.)
ENRIQUE. Elvira, esposa, no temas.
ELVIRA. Señor, Enrique, mi bien,
yo.... la luz.... Leonor.... su alteza....
ENRIQUE. No se oponen los errores,
los olvidos, las tinieblas,
á tanta luz invencible,
á tanta pura inocencia,
ni menos se atreven cuantas
superiores diligencias
puede la soberanía
formar, donde el amor reina.
Vos, mi bien, sois blanco armiño
de mi honor, si con destreza
solícito cazador
vuestro sér manchar desea.
Buen escudo es el valor
de la sangre y la nobleza,
para desvanecer cuantas
al juicio se oponen nieblas.
Yo vi, yo oí, yo vencí,
yo supe; basta que sea
el alma deste secreto
dicho de aquesta manera;
si lo que pasó no priva,
si lo que fué de la idea
desvanecimiento real,
de su sueño no recuerda;
yo, que soy el movimiento,
que constantemente vela,
seré á su justo desprecio
dócil corazón de cera,
que al sol de vuestra hermosura,
llama pura, intacta y bella,
de reliquias de su vida,
transformadas en finezas.
Pero ¿qué digo? ¿qué hablo?
Iba á decir con soberbia
una tirana venganza,
y el alma, como discreta,
apelando al tribunal
de vuestra rara belleza,
lo que perdió de atrevida
lo ganó de inteligencia.
ELVIRA. Señor, el Príncipe....
ENRIQUE. Basta;
el oro al crisol se prueba.
ELVIRA. Sabe el cielo que os adoro.
ENRIQUE. Toda el alma lo confiesa.
ELVIRA. Sí, pero estoy recelosa.
ENRIQUE. ¿De qué, mi Elvira discreta?
¿Del sentimiento y disgusto
que tuve en esta tormenta?
ELVIRA. Sí, mi bien; sí, mi señor.
ENRIQUE. Iris fué vuestra inocencia.
ELVIRA. Pues siendo así, viviré....
ENRIQUE. Edades, Elvira, eternas.
ELVIRA. Y vos siglos de cordura.
ENRIQUE. Asegúroos que esta pena
dobló finezas al alma.
ELVIRA. ¿Qué mucho, siendo tan vuestra,
las que os entregue, apesar

del poder y la grandeza?
ENRIQUE. (*Ap.*) (La probanza deste pleito,
honor, ha sido tan buena,
que el jüez os asegura
de su mano la sentencia.) (*Vanse.*)

JORNADA TERCERA

Salen D.ª MARÍA DE PADILLA y el PRÍNCIPE.

MARIA. Declárese vuestra alteza
si quiere darse á entender.
PRINCIPE. Digo que vuestra belleza
ha sido imán de mi sér.
MARIA. Si de su mucha nobleza
(de quien con razón se admira
el alma) se presumiera
engaño en lo que suspira,
mi corazón le dijera
que hablaba con doña Elvira.
PRINCIPE. Aquel amor ya pasó.
MARIA. De ese modo, vuestra alteza,
viendo que no la gozó,
quiere dalle á mi nobleza
el amor que le sobró.
PRINCIPE. ¿Cómo puede ser así,
no habiendo en ella quedado
el amor que no le dí?
MARIA. ¿No lo dice mi cuidado,
pues hoy tantas muestras vi?
PRINCIPE, ¿Cuándo?
MARIA. Agora.
PRINCIPE. Vos sabéis
mucho más que mi memoria.
MARIA. Parece que lo entendéis,
pues no puede haber más gloria
para mí que lo neguéis.
Enrique á Elvira miraba,
y ella, que no descubría
el amor que en vos estaba,
con los ojos le decía
que de otro dueño gozaba.
Platicábamos las dos,
y como mi amor quería
saber si el vendado dios
imperio en ella tenía,
le hablé, gran señor, en vos.
Díla una cierta señal,
muy propia para saber
si la causa de su mal
consistía en ser mujer,
enfermedad inmortal.
Enternecióse de suerte,
que, con valerse, señor,
de su valor firme y fuerte,
poco á poco la color
iba llamando la muerte.
Los ojos, que recelaban
ser fuentes para vivir,
tan en secreto lloraban,
que acordaron de partir
las perlas que adentro estaban.
Pero como su dolor
era efecto del penar,
apesar de su valor,
el uno quiso llorar
y el otro enjugar su honor.
Temerosas se asomaron
por las pestañas dos perlas,
y apenas se descolgaron
cuando quisieron beberlas
los mismos que las echaron.
Pero como les seguían
otras, y entrar no podían,
por no darse á conocer
se quisieron resolver
en el fuego que traían.
Pero como el llanto hacía
instancia, y nunca cesaba,
tanta cantidad venía,
que apenas una acababa
cuando otra luégo salía.
Enrique reparó en ellas,
y ella, mudando el semblante,
aumentando las centellas,
les puso el honor delante
y serenó las estrellas.
Y tanto de enamoradas
ganaron como de astutas;
pues, para ser respetadas,
primero fueron enjutas,
don Pedro, que no lloradas.
Juzgad vos si en tanto amor
os puedo crédito dar,
y si puedo en mi rigor
reirme deste pesar
y llorar deste dolor;
pues cuando yo no supiera
este embarazo crüel,
si alguna vez lo entendiera,
fuera mi amor tan fiel,
que luégo muerte me diera.
Y así, gran señor, tratad
de hacer el pecho crisol,
que no tiene voluntad
de alumbrarse de otro sol
la luz de mi claridad;
porque soy doña María
de Padilla, tan señora
de gozar mi propio día,
que otra puede ser aurora,
mas no sol, por vida mía;
que quien á mí me ha de amar
tan libre y firme ha de ser,
que ni al sol ha de mirar;
y si no, busque mujer
que pueda su amor llevar.
PRINCIPE. (*Ap.*) (¡Notable resolución!
Procuro en doña María
divertir esta pasión,
y con ser sol que podía
alumbrarme de razón,
no es posible.) Yo os adoro,
y sé que el tiempo ha de hacer
milagros en mi poder.

Sale D.ª ELVIRA al paño.

ELVIRA. ¿Dónde camináis, decoro?
El Príncipe galantea
sin duda á doña María;
pero, cuidado, ¿qué importa?
Ame don Pedro y prosiga
con su pretensión, pues vos

tenéis dueño que os estima;
quiero volverme, quitando
este veneno á la vista.
¡Nunca á palacio viniera!
Mas ¿de qué sirven las iras
cuando está tan libre el alma?
Ya murieron las cenizas
deste amor, ya se apagaron;
pero si el Príncipe envía
á despertar mi cuidado,
¿cómo con doña María?
Pero ¿qué digo? ¿De quién
formo agravio? ¡Ay pasión mía!
¡Y cómo os han despertado
del sueño por mi desdicha!

PRINCIPE. Id con Dios.

MARIA. El cielo os guarde. (*Vase.*)

PRINCIPE. No hay sosiego sin Elvira,
no hay amor.

ELVIRA. (*Llega.*) Ya le tenéis.
Escuchad, por vuestra vida,
que brevemente os diré
la causa de mi venida.
Lo que fué ya no será,
lo que presente se ve
es lo que sustenta el gusto,
lo que gobierna la fe.
Yo os quise, ya se pasó;
vos me amásteis, ya os dejé;
si os perdí, vos lo quisísteis,
ó, hablando verdad, el Rey.
Ya está hecho, y una cosa
que fué no deja de ser,
y si remedio no hay
para no haber sido, es ley
que se guarde la segunda
de no volver á caer.
Vos, señor, aquella noche
(sola para mí crüel)
no me quitásteis la vida,
pero el honor puede ser;
porque dar celos á un hombre
es ponelle á la mujer
una muerte de por vida
y una deshonra también;
porque nunca los recelos
de la honra pueden ser
borrados de la memoria
adonde la quieren bien.
En fin, ya que aquella noche
cuerdamente me libré
(que la inocencia se libra
de la muerte más crüel),
por no venir á la otra
os quise venir á ver,
para deciros, don Pedro,
que dejéis de pretender
un alma que vuestra ha sido
y se perdió sin querer;
pero entrando en esta cuadra
oigo, escucho, noto que
vuestra noble voluntad,
vuestra discreción cortés,
sirve, adora, solicita
(y no con pequeña fe)
á doña María, acción
tan en mi favor, que sé
lo que os debo, pues he visto
agora que me queréis,
porque el que mira mi amor
ese me quiere más bien.
Quedé tan gustosa (¡ay cielos!)
que de vuestro amor y fe
os doy, señor, como es justo,
el lícito parabién.
Vos anduvísteis tan cuerdo
como príncipe, pues quien
se vence de una pasión
no tiene más que vencer.
Nuestro amor fué sombra vana,
y con razón sombra fué,
pues no siendo nada ella
menos lo viene á ser él.
Sólo siento que ayer tarde
me escribísteis un papel
tan peligroso, sabiendo
mi resistencia fiel.
Leíle para venir
á veros; que responder
por escrito, fuera en mí
atrevimiento crüel.
Excusóme la respuesta
el nuevo amor que tenéis,
templándome las palabras
aquel de nácar clavel,
aquel de nieve prodigio,
causa de todo mi bien;
él os respondió por mí;
pero por si acaso fué
este amor vuestro fingido
(que no lo puedo creer),
os suplico, os pido, os ruego
por aquel amor en quien
dos almas se coronaron
del más divino laurel,
que me dejéis, lo primero,
y luégo, señor, que améis,
sin verlo, á doña María;
que, como la vista es
de dos niñas adornada,
y no discurren tan bien
como el alma, cuando miran
el que las quiere ofender,
si no se pierden, se irritan,
y lloran, señor, tal vez.
Esto os vengo á suplicar;
no es mucho que se le dé
á mi pasado deseo
este pequeño placer.
Y después déste, el mayor
que hacerme, señor, podéis,
es no verme en vuestra vida
ni escribirme otro papel,
sabiendo que sus palabras,
las que han sido y pueden ser,
la pluma que las formó
fué viento, y ellas también.
Yo tengo dueño.

ENRIQUE. (*Al paño.*) (¡Ay honor!)

ELVIRA. Y vos nuevo amor tenéis.
Cesen los suspiros, cesen
las lágrimas; que no es bien
sacar lo que llevó el mar
de su lugar otra vez.
Doléos de mi fortuna;
yo tengo esposo, y no sé
cómo, señor, suplicaros
que gozar me le dejéis.

Valga este llanto, si priva
en vos lo que solía ser,
mandamiento de cristal
en un renglón de clavel.
Sirva este afecto amoroso,
que un tiempo cariño fué,
y agora, helado cadáver,
se ha convertido en desdén.
No vea yo, si gustáis,
este pequeño bajel
anegarse entre los celos,
y entre la fama perder.
Despierten estos afectos
las cenizas que hoy se ven,
si del honor apagadas,
encendidas por la fe.
Don Enrique es caballero,
vos príncipe, yo mujer,
muy dama doña María,
buen casamentero el Rey;
conquistad otro deseo,
que no sé yo que haya ley
de amar una y seguir otra,
valiéndose del poder.
Concededme este favor,
otorgadme esta merced,
prometedme esta fineza,
ofrecedme aqueste bien;
porque, si no bastan ruegos,
ansias, suspiros y fe,
bastará matarme yo,
pues fácilmente podré;
y entonces os doy licencia
que el corazón me saquéis,
adonde hallaréis escrito
que el amor que os tuve fué
salamandra, que en el fuego
del honor pudo tener,
si no llama, algún calor,
si no ardor, algún tropel
de cenizas abrasadas,
que entre celoso desdén
dicen á voces, notando
de mi honor el rosicler:
«Arded, corazón, arded;
que yo no os puedo valer.» (*Vase.*)

PRINCIPE. Fuése, y dejó el corazón
más confuso; pero sé
que si no me tiene amor,
va celosa, y es mujer.
Y pues mi loca pasión
tanto me aflige, seré
César ó nada; que así
he de morir ó vencer. (*Vase.*)

Sale D. ENRIQUE.

ENRIQUE. «¿César ó nada? ¿Que así
he de morir ó vencer?
Y ¿arded, corazón, arded;
que yo no os puedo valer?»
¡Oh, si el dolor me acabara!
¡Oh, si el ansia fin me diera!
¡Oh, si el pesar consumiera
vida que cuesta tan cara!
Dióme el Rey (¡quién lo pensara!)
la muerte por el honor;
mas, si el físico mejor
tal vez mata por dar vida,
condenaré la bebida,
pero no podré el doctor.
Quiso el Rey por su virtud
curarme á su fantasía,
y yo, que salud tenía,
quise perder mi salud;
y siendo así, ¿qué inquietud
puede aliviar mi pesar?
Mejor me fuera quedar
con mi regla de vivir,
que el físico de adquirir
consiste en el conservar.
Ya, con esta información,
¿qué sentencia puede haber,
donde yo pueda tener
debida satisfacción?
Honor, en esta ocasión,
poco á poco me valed;
y pues sois firme, creed
que está cerca de morir
la que se dejó decir:
«arded, corazón, arded.»
No es cobardía ignorar
lo que ha vencido el amor,
ni es flaqueza del valor
sentir, temer y dudar:
ya llegásteis á escuchar
lo que sin duda ha de ser;
muy cerca estáis de caer;
ya sois de Elvira enemigo,
pues dijo, hablando conmigo,
«que yo no os puedo valer.»
Ojos, en tal ocasión,
llorar no ha sido flaqueza,
ni el morir será nobleza
sin restaurar la opinión;
y pues tiene corazón
don Pedro para ofender
mi honor, yo quiero tener
licencia, diciendo aquí:
«César ó nada; que así
he de morir ó vencer.»

REY. (*Al paño.*) (¿Don Enrique solo hablando?
Quiero escuchar este error.)

ENRIQUE. El Rey quiso darme honor;
pero no advirtió que cuando
su amor me fué levantando,
mi honor, sin hacer estruendo,
iba al abismo muriendo.
¡Oh, mal haya la balanza
que levantó mi privanza
cuando mi honor fué cayendo!
Cielos, quitadme la vida
ó remediad mi dolor;
que quien vive sin honor,
siempre la tuvo perdida;
ya mi fama está ofendida,
mi espíritu no ignoraba,
cuando receloso estaba,
esta rigurosa ley;
quitóme el honor el Rey
y entendió que me le daba.

Sale el REY.

REY. «Quitóme el honor el Rey
y entendió que me le daba.»—
¿Don Enrique?

ENRIQUE. Gran señor.

REY. ¿Quién estaba en esta cuadra
con vos? ¿Qué voces son esas?

ENRIQUE. No son, gran señor, sin causa.
REY. ¿Vos con tanto sentimiento?
¿Vos con la color mudada?
¿De qué tembláis?
ENRIQUE. El león,
cuando tiene la cuartana,
Etnas por los ojos vierte.
REY. Sosegáos.
ENRIQUE. No son las ansias
de calidad tan severa.
REY. Hablad, pues. ¿Quién fué la causa
de vuestro mal?
ENRIQUE. Fuísteis vos;
perdonad, que no os agravia
una lealtad ofendida
y una perdida esperanza.
REY. Solos estamos los dos;
pues vuestra prudencia es tanta,
valéos della, dadme cuenta
de todas vuestras desgracias;
yo soy rey y amigo vuestro,
y sabré remediar cuantas
al juicio se oponen nieblas,
aunque más lleguen al alma.
ENRIQUE. Bien os acordáis, señor,
que viniendo una mañana
á tomar cierto despacho
para Roma, en esta cuadra
me mandásteis, me dijísteis
que diese, por mi desgracia,
aquella noche, señor,
la mano á Elvira, y que al darla,
ó primero que la diese,
no sin recelo del alma,
os pregunté si mi esposa
algún caballero amaba.
REY. Es verdad; pasa adelante.
ENRIQUE. Y que en fe de la palabra
vuestra, me casé con ella,
debajo de confianza
de que otro amor no tenía.
REY. Ella así lo confesaba.
ENRIQUE. Pues os engañó, señor.
REY. ¿Qué decís? Mirad que es falsa
esa información. Enrique,
quien eso dijo os engaña.
ENRIQUE. Yo soy de mi mal testigo.
REY. ¿Pues quién, Enrique, la amaba?
ENRIQUE. El Príncipe, vuestro hijo.
REY. Turbado me habéis el alma;
reparad que en estas cosas
los más prudentes se engañan.
ENRIQUE. Los hombres de mi valor,
cuando desta suerte hablan,
dicen, señor, lo que han visto.
REY. ¿Y qué habéis visto?
ENRIQUE. En mi casa
ví al Príncipe; y si mi honor
tuviera la común mancha,
que el vulgo llama deshonra
y el cuerdo valor infamia,
ni doña Elvira viviera,
ni yo, señor, me quejara;
que un delito cometido
sólo pide la venganza.
Los que tengo son recelos,
las que aguardo son mudanzas,
las que anuncio son fortunas,
las que espero son desgracias.
Doña Elvira, si no tiene
amor, tiene muchas ansias;
el Príncipe dijo agora
que ha de ser César ó nada.
Hasta agora me he valido
como la nube del agua;
pero viendo que me aprietan,
que me afligen, que me matan
dos elementos fogosos,
tridentes que me maltratan,
para defenderme dellos,
en lo secreto del alma
el honor (sol de la vida)
el rayo celoso fragua;
antes que salga, señor,
en los hombros de la fama,
pues vos fuisteis el autor
desta, por mi mal, borrasca,
desta, por mi mal, fortuna,
última y sola desgracia,
remediadla si podéis;
que si se rompen las pardas
nubes de la fantasía,
no ha de quedar de mi casa
átomo que no consuma
en el fuego de mis ansias;
y no quisiera, señor,
que deste rayo saltara,
sin querer, una centella,
que á vos y á mí me pesara;
pues cuando el fuego se enciende
para abrasar una casa,
tan presto postra un tabique
como la almena más alta.
REY. Sosegáos; que la pasión
que tenéis os desbarata
la que gozásteis cordura.
ENRIQUE. No hay cordura en pena tanta;
vos me casásteis, señor.
REY. Don Enrique, no os casara
mi amor si ese amor supiera;
todo el mundo es ignorancia,
doña Elvira es tan prudente
como noble y como honrada;
no os ceguéis con un recelo.
ENRIQUE. Son muchos los que me agravian.
REY. Como esté libre el honor,
los recelos nunca matan.
ENRIQUE. Señor, la honra es espejo
adonde se mira el alma;
si hoy un recelo le turba,
otro le ofende mañana.
El que quisiere tenerle
cristalino como el alba,
ó purifique las nieblas
ó rompa su luna blanca;
que aguardar á que se eclipse,
cuanto es locura, es infamia,
que es la mujer un espejo
que no consiente dos caras.
REY. Cinco leguas de Sevilla,
tenéis, Enrique, una casa,
que al pie de Sierra Morena
es honra de sus montañas;
llevad allá á doña Elvira,
entretanto que se trata
de dar estado á don Pedro. (*Vase.*)
ENRIQUE. Quiera Dios que esta jornada
sea para que mi honor

se libre de esta borrasca,
ó para que se acredite,
con una justa venganza,
todo el lustre de mi sangre,
todo el blasón de mi casa. *(Vase.)*

Sale el PRÍNCIPE.

PRINCIPE. Si puede una pasión de amor rendirse
á la razón de un justo sentimiento,
júzguelo quien tuviere entendimiento;
que un noble amor no debe arrepentirse.
Mal puede quien adora dividirse
del ídolo que adora el pensamiento;
que un culto idolatrado no es violento
y debe al corazón constante unirse.
Adoro á Elvira, y si mi fe condeno,
no por morir he de perder la palma,
cuando bebo con gusto este veneno;
piérdase, pues, la vida en tanta calma;
que el martirio de amor, aunque no es bueno,
al fin es gloria que apetece el alma.

Sale LIMÓN.

LIMON. No vi partida tan breve.
PRINCIPE. ¿Dónde caminas, Limón?
LIMON. Don Enrique y doña Elvira
agora parten, señor,
en una carroza que
puede ser jaula del sol,
al pie de Sierra Morena,
á su palacio; y Limón,
desta novedad suspenso,
no sabe si vaya ó nó;
digo, si vaya tan luego,
porque apenas mi señor
entró en casa, cuando «pica»
dijo al cochero, y, por Dios,
que fué perezoso el rayo
y hielo la exhalación;
voy á jurar de salvaje
á ese moreno balcón
de los astros, si no mandas
lo contrario; que sé yo
que no lo harás por dejarme
ir á ser embajador
de mí mismo, tropezando,
como otros, de flor en flor,
de peña en peña; y por que
me están aguardando, adiós. *(Vase.)*
PRINCIPE. Receloso don Enrique,
sin duda, de mi pasión,
se ha ausentado de la corte,
pero no sufre mi amor
esta rigurosa ausencia;
seguiré este nuevo sol,
que á diferente horizonte
inclina su resplandor.
Don Pedro el Cruel me llaman,
soy príncipe, tengo amor,
y si don Enrique es noble,
primero he nacido yo. *(Vase.)*

Salen D. ENRIQUE, D.ª ELVIRA y LEONOR.

Esta breve partida sólo ha sido
gusto del Rey.
ELVIRA. *(Ap.)* (Yo vengo sin sentido.)
ENRIQUE. Quiere, esposa y señora,
á la primera aurora
venir á divertirse con la caza
en ese bosque que soberbio abraza
las dóricas colunas de esa sierra.
ELVIRA. La caza, como imágen de la guerra,
es propia del valor.
ENRIQUE. Ya nuestra quinta,
á quien el Mayo pinta
de diversos colores, divisamos;
en las alas del viento caminamos.
Entre tanto, mi Elvira,
que dispongo la caza, te retira
á esa de flores corte soberana,
donde la primavera, siempre ufana,
enamora constante
ese del cielo cándido diamante. *(Vase.)*
ELVIRA. Leonor, ¿qué fortuna es ésta?
LEONOR. Señora, si el mundo todo
es una comedia, donde
el tiempo, poeta heróico,
trágicos fines admite,
no menos intenta loco
atropellar inocencias
con escándalos notorios.
ELVIRA. Permita el cielo....
LEONOR. Detente;
por lo ameno deste soto
dos gallardos caballeros
diviso entre aquellos olmos,
y se vienen acercando
á la plata deste arroyo.
ELVIRA. Si, como corre ligero,
llevara mis males todos,
cadáver fuera de vidrio,
urna fuera de sí propio.
¡Ay Leonor! Algún engaño
de don Enrique, mi esposo,
es éste, que los recelos
del honor son siempre locos.
LEONOR. Retirémonos.
ELVIRA. No puedo,
porque á cada paso topo,
si no la muerte, el peligro,
si no el peligro, el asombro.

Salen el PRÍNCIPE y FÉLIX.

Caballero rebozado
(si lo es quien deste modo
toma tanto atrevimiento),
¿quién sois? Descubrid el rostro.
PRINCIPE. Elvira, el Príncipe soy.
ELVIRA. ¡Válgame el cielo!
PRINCIPE. Los ojos
eclipses fueron de nieve.
(Desmáyase D.ª Elvira.)
¿Señora? ¿Elvira?
LEONOR. Notorios
son los riesgos. Vuestra alteza
se retire, que su esposo,
mi señor....

Sale D. ENRIQUE.

¡Qué miro, cielos!
PRINCIPE. *(Ap.)* (¡Enrique! Perdidos somos.)
Por divertirme en la caza,
con don Félix vine solo
á veros, y á doña Elvira
un accidente penoso
le cogió sobre esas flores.
ENRIQUE. *(Ap.)* (Mal mi cólera reporto.)
Ordinarios accidentes

son, señor, los que yo lloro;
sacaréle de la manga
el pañuelo, y deste modo
tendrá espíritus el lienzo
de los rayos de sus ojos.)
(*Sácale de la manga el pañuelo con un papel y vuelve D.ª Elvira en sí.*)

ELVIRA. ¡Válgame Dios! ¿Don Enrique,
mi bien, mi señor, mi esposo?

ENRIQUE. Su alteza, que vino á honraros,
tenéis presente. (*Ap.*) (No rompo
las leyes de la cordura
por ser cuerdo deste modo.)
¡Hola! Acompañad á Elvira
al palacio.

PRINCIPE. Iremos todos.

ENRIQUE. ¡Tanta merced, gran señor!

ELVIRA. Leonor, si el cielo piadoso
no vuelve por mi inocencia,
yo seré blanco afrentoso
de la fortuna y el tiempo,
enemigos rigurosos.
(*Vanse todos menos D. Enrique.*)

ENRIQUE. Conocido es el delito,
el amor es bien notorio,
mi agravio es bien entendido,
y muy factible mi oprobio;
y pues todo daño es cierto,
séalo el castigo y todo.
En la manga este papel
cerrado estaba; yo rompo
la nema para morir
ó para vivir, que hay modos
de caracteres que tienen
imperio majestüoso,
que á algunos suelen dar vida
y la muerte dan á otros.
Este papel, forma leve
de lo vano del favonio,
será de Elvira el cuchillo
ó el antídoto costoso.
¿Quién vió en tan flaca materia
dos contrarios poderosos?
De doña Elvira es la letra;
no es buen testigo de abono
ser suyo el papel; mas puede
ser cifra de su decoro
escribiéndole desdenes:
mal disculpo lo que lloro.
La mujer noble que escribe
á otro dueño que á su esposo,
ó tiene poco de cuerda,
ó pretende deste modo
acreditarse de honrada,
haciendo al honor soborno;
que esto de andar con papeles
daña mucho y cuesta poco,
que el laberinto de pluma
es la mariposa al torno;
empieza con poco fuego
y acaba en ceniza todo.
Dice el papel: (*Lee.*) «Don Enrique
anda, señor, cuidadoso;
yo voy á morir por vos,
pues lo trazásteis de modo
que la vida y el honor
penden de un recelo solo.
No os suplico que os quedéis
en la corte, pues conozco
que queda doña María
volviendo por mi decoro.
Doléos de quien os quiso,
bastan los empeños locos;
descansad en otros brazos,
en tanto que yo los lloro,
y no me vengáis á ver,
si no queréis, riguroso,
quitaros á vos el gusto
y á mí doblarme el enojo.»
Declaróse; ya no es tiempo
de discursos enfadosos,
argumentos de la vida
y disculpas del oprobio.
Celos de doña María
arruinaron este escollo,
derribaron este alcázar,
deslucieron este adorno,
mancharon esta pureza
y ajaron este pimpollo;
que la oposición del gusto
es duelo tan riguroso,
que quita al honor la vida
y da la muerte al decoro.
Salgan, salgan los suspiros
del espíritu, y en hombros
de la cólera se vuelvan
rayos tan escandalosos,
que lo profundo del daño
y lo secreto del ocio
tiemblen, duden, conociendo
los efectos del enojo.
Muera, muera este prodigio
de belleza; y desde el globo
de la hermosura soberbia,
de la vanidad del solio,
baje, baje deshaciendo
el aire caliginoso
con tal fuerza, que la fama,
con intrépido alboroto,
diga, pregone, publique
(por su círculo redondo)
á lo que obliga el honor
en un noble poderoso. (*Vase.*)

Salen por el lado del tablado LEONOR y LIMÓN, como que suben á una sierra.

LIMON. Sube, Leonor, á la sierra,
si te quieres enseñar
silvestremente á cazar,
que es imagen de la guerra.

LEONOR. Limón, á caza tan alta,
¿quién ha de poder llegar?

LIMON. Yo no la podré alcanzar.

LEONOR. Á mí el aliento me falta.
(*Haya ruido de caza y digan dentro:*)

UNO. Por ese repecho sube
el ligero jabalí.

LIMON. ¿Adónde voy por aquí
hecho volatín de nube?

UNO. Al monte.

OTRO. Á la sierra.

OTRO. Al llano.

Por el otro lado de la sierra se vean D.ª Elvira y D. Enrique.

ENRIQUE. Ésta, Elvira, que en el cielo,
vecina sierra, se viste
de estrellas y de luceros,

es la parte más segura
para llamar los monteros.

ELVIRA. ¿Adónde vamos, señor,

Por donde subieron Leonor y Limón se vean el Príncipe y D. Félix.

PRINCIPE. Enrique y Elvira entiendo
que tomaron lo más alto
de la sierra.

LIMON. Parecemos,
Leonor, sobre aquestas torres,
cazadores de vencejos.

ELVIRA. Mirad, señor, que ese risco
precipitado y soberbio
está amenazando el llano.

ENRIQUE. No temas.

ELVIRA. Querido dueño,
todo es horror cuanto miro,
todo abismos cuanto veo.

ENRIQUE. *(Ap.)* (Honor, ya tenéis la causa,
salgan della los efectos;
vivid vos y muera Elvira.)

ELVIRA. ¡Señor, señor!

ENRIQUE. No te puedo
socorrer.

ELVIRA. ¡Enrique, esposo!

ENRIQUE. (*Ap.*) (¡Qué dolor!)

ELVIRA. ¡Válgame el cielo!

(Por un artificio despeñe á D.ª Elvira.)

ENRIQUE. Monteros, gente, criados,
acudid, que Elvira ha muerto.

PRINCIPE. ¡Qué voces tan dolorosas!

En tanto que bajan los que están en la sierra, salen el Rey y su gente.

REY. Apenas al monte llego,
cuando el corazón me dice
lo que dudo y lo que temo.

Sale D. ENRIQUE sin capa y sombrero y toda la compañía.

ENRIQUE. Hombres, fieras, aves, plantas,
montes, sierras, prados, cielos,
oid la mayor desdicha,
sentid el mayor suceso,
lamentad la mayor furia,
llorad el mayor portento
que la fortuna escribió
en los anales del tiempo.

REY. Don Enrique, ¿qué alboroto,
qué llanto, qué horror, qué estruendo
la sierra entorpece á voces?

ENRIQUE. Sobre esos montes soberbios,
Elvira y yo, gran señor,
con el príncipe don Pedro,
salimos á caza (¡ay triste!),
y queriendo de su extremo
divisar un jabalí
que atravesó el valle (¡oh cielos!)
¿por qué no acabáis mi vida?
á mi esposa (¡qué portento!)
se le fué el pie desde el monte
y bajó al valle de un vuelo.
Volved los ojos, mirad
apagado el mejor cielo,
sin luz el mayor planeta,
eclipsados los luceros,
sin esperanza el amor,
ella sin alma y yo muerto.

PRINCIPE. Perdonadme; que el dolor,
el angustia, el sentimiento
me va acabando la vida. *(Vase.)*

REY. Don Enrique, si los cielos
os dieron por fuerza esposa,
ya os quitaron lo que os dieron,
y pues yo acerté tan mal
en aqueste casamiento,
acertad vos en llorar
este trágico suceso,
y vivid en el segundo,
pues errásteis el primero.

LEONOR. Limón, porque la comedia
no acabe sin casamiento,
¿quieres alargar la mano?

LIMON. Quiero, mas con un concierto:
que has de venir á cazar
á Sierra Morena.

LEONOR. Apelo.

ENRIQUE. Y el poeta, dando fin
á este trágico suceso
de Á LO QUE OBLIGA EL HONOR,
que os lo da por verdadero,
os pide perdón, pues es
para serviros su ingenio.